

del mismo origen y destinados al mismo fin? La buena física y una teología mas purificada que la de este siglo han corregido despues las ideas de los hombres sobre estos dos puntos; y aun en el tiempo de que hablamos, el religioso (1) á quien consultó la reyna Isabel sobre el proyecto de Colon, supuso como una cosa posible, ya la existencia de los antípodas, ya las infinitas ventajas que estos pueblos lejanos podían sacar de la empresa propuesta en el orden espiritual, por el conocimiento de Jesu-christo y de las verdades saludables que se les comunicarian. Ya hemos dicho que de todas las razones que se expusieron á Isabel para moverla á poner á Colon en estado de realizar sus promesas, el deseo de procurar la salvacion de los indios idólatras fué el que hizo mas impresion en el ánimo de esta piadosa princesa. Mas no se cumplieron en un todo sus intenciones acerca de este objeto; porque los misioneros, enviados á los indios, ó por ignorar la lengua, ó por otro motivo, que seria largo profundizar, hicieron al principio pocos prorgesos, y solo con el tiempo se estableció el christianismo en el nuevo mundo de un modo permanente. En adelante veremos la influencia que han tenido los nuevos descubrimientos sobre las varias naciones de Europa en el orden político y religioso.

ARTICULO IV.

Estado de las letras y de las ciencias.

La toma de Constantinopla por Mahometo II., que por sus conquistas fué un suceso tan considerable en el orden político, no influyó ménos en el estado de las letras y de las ciencias. Conociáanse en Europa los buenos modelos de la antigüedad sagrada y profana; se leían las obras de los antiguos, sobre todo despues de haberse aplicado á las lenguas sabias; pero en ninguna pat-

(1) Fr. Juan Perez de Marchena, del monasterio de Rabida. Pero quien mas contribuyó á animar á los reyes católicos para esta empresa fué Alonso de Quintanilla, natural de Caxigal, cerca de Oviedo, en el principado de Asturias, contador mayor de Castilla, y sugeto de grande ingenio, que tambien fué autor de las hermandades para perseguir malhechores. Véase á Antonio, de Herrera en el tom. I. de su *Hist. de las Ind.*

te se conservaban mejor las reglas primitivas del gusto y de las ideas de la buena literatura que en las ciudades cultas del imperio de Oriente. Teniendo los griegos un entendimiento mas cultivado, mas sutil y la organizacion mas perfecta, hacian impresiones mas vivas y mas profundas sobre ellos las bellezas esparcidas en las obras de ingenio, bellezas que en parte consistian en la forma y armonía del language; y si no las imitaban en sus producciones, á lo ménos la idea que tenian de ellas les daba un discernimiento fino que no tenian los literatos de otras naciones. Lo que merece admirarse es que los sabios de la Grecia que se refugiaron en Italia despues de la caída del imperio, no llevaron allí mas que una erudicion pesada; ni sus lecciones adelantaron los progresos del gusto en ninguno de los diferentes ramos de la literatura.

No se vió pues salir en Occidente (aun despues de los mejores literatos que habia en la Grecia al tiempo de la revolucion hallaron aquí un retiro honroso) ningun poeta ni orador, cuyas obras pudiesen ser de gran mérito á los ojos de aquellos que han formado su juicio por la lectura de los antiguos. No pueden estar marcadas las producciones con el sello del gusto y del ingenio, quando se ignora lo que es el ingenio y el gusto; qué es lo que constituye su esencia y naturaleza, y los principios inmutables de que se derivan las reglas que deben guiar al escritor que compone con la imaginacion acalorada, y al hombre de letras que juzgaba en el silencio de su estudio. Los sabios que se formaron en la escuela de los griegos modernos no estudiaron á los antiguos sino como escoliadores y comentadores. Ninguno de ellos buscó en aquellos monumentos tan preciosos de los buenos siglos de Atenas y de Roma las ideas puras y simples de lo bello, las gracias de la locucion, la eleccion de los pensamientos, las pinturas verdaderas y naturales; los afectos delicados, el language de las pasiones, y aun ménos aquel fuego creador que da vida á todo, y llega á competir con la naturaleza. Su principal ciencia fué la de las palabras, y los textos, sin atender á las cosas que encerraban, ejercitaban la sagacidad de su crítica. Sobre todo aquí hablamos de los que escribieron en la lengua de los antiguos. Copiar los modos y las expresiones, seguir el tono del estilo y la forma gramatical de las frases, dar á las

ideas la misma tinte y los mismos colores; coser juntos varios retazos amontonados de todas partes sin orden ni elección; esto era lo que se llamaba imitar á los antiguos y trabajar conforme ellos.

Aunque esta manera de estudiar la antigüedad fuese poco propia para acelerar los progresos del gusto y de la razón, á lo ménos suministró materiales á los buenos ingenios que vinieron despues. Los grámaticos, los escoliadores y los imitadores serviles allanaron la carrera de las ciencias; y si recogieron poca gloria sin embargo de tomarse mucho trabajo, hicieron un servicio á las letras, que debieron reconocer todos los que las cultivaron en lo sucesivo, pues arrancando las espinas, quedó el camino al cabo de algun tiempo por sus trabajos tan fácil como agradable. No era poco el conocer ya que el método de los antiguos contenia la señal de lo bueno y de lo verdadero; que se habian acercado á la perfección en todos géneros; que era preciso buscar en sus escritos los principios del arte y del conocimiento de las reglas, que estas fuentes abundantes y puras corrían igualmente para todos los que iban á beber en ellas; que en ninguna otra parte se podían hallar modelos, y que no habia que esperar gloria sino siguiendo sus pasos en la carrera á cuyo término habian llegado. Al principio solo se caminó tras de ellos arrastrando; pero despues se atrevieron á pretender también el mérito de la invención, ensayándose á tomar un vuelo mas alto sin perderlos de vista; y de unos miserables copiantes, llegaron finalmente los poetas, los oradores, los historiadores y los escritores de todas las naciones cultas á competir con los que no habian creído poder igualar.

El siglo XV. mas laborioso y mas ilustrado que el XIV., que habia excedido mucho á los conocimientos de las edades precedentes, tocaba de mas cerca en la feliz revolucion que el estado actual de las letras hacia esperar: la prometia y la anunciaba; pero todavía no se gozaba de ella. El moho de la barbarie habia penetrado tanto, las tinieblas habian sido tan densas, las preocupaciones, las falsas máximas y el mal gusto habian echado tan profundas raíces, que aun se necesitaba mucho tiempo y muchos esfuerzos para desprender al entendimiento humano de todas las trabas que le habian puesto diez si-

glos de ignorancia. Las primeras tentativas no fueron muy felices; pero la luz que empezaba á rayar se purificó, y extendió poco á poco; y aunque sus progresos fuesen lentos, penetrando el entendimiento, y dándole insensiblemente calor, lo iba disponiendo para unas producciones tan sobresalientes como sólidas.

La Imprenta, la mas excelente invención del talento humano, descubierta hácia mediados de este siglo, produjo en el imperio de las ciencias una revolucion semejante á la que el descubrimiento del nuevo mundo obró algunos años despues en la política y gobierno de las naciones. Este precioso arte debe su origen á Juan Guttemberg, de Strasburgo, siendo el año de 1440 su época mas cierta: pues algunos ensayos groseros hechos en Harlem por Rusterio poco tiempo ántes no deben quitar á Guttemberg la gloria de haber imaginado los medios de multiplicar los libros con caracteres movibles, á los cuales se dan todas las combinaciones de que son capaces la palabra y la escritura. Perfeccionóse este nuevo arte en Maguncia por Juan Fausto y Pedro Schoëffer; y esto es lo que ha hecho decir á algunos que habia nacido en esta ciudad. Se ha suscitado la cuestión, ¿si este apreciable descubrimiento siendo igualmente propio para reproducir los errores que las verdades, no ha hecho tanto mal como bien al mundo? Para resolver este problema seria necesario conocer todos los libros, haber hecho análisis de todas las producciones de la prensa, haber entrado en la discusión exácta de todas las ideas, de todas las opiniones producidas por los escritores de cada nacion y de cada siglo desde que se imprime; finalmente haber recogido y comparado todo lo verdadero y falso, útil y peligroso, razonable y absurdo que hay en las obras que el arte de la Imprenta ha hecho circular por el universo. Y como es imposible desempeñar esta tarea, y aun seria imprudencia emprenderla, creemos que se debe gozar con reconocimiento del beneficio que nos ha proporcionado la mas ingeniosa de las artes, sin inquietarnos por los abusos que pueden nacer de ella. Es cierto que la Imprenta ha servido mas de una vez de corromper las costumbres, y transmitir de un siglo ó de un pueblo á otro las semillas del fanatismo; pero no es ménos cierto que por ella se han comunicado á lo léjos como de cerca

los conocimientos útiles; que las luces se han extendido; que se han asegurado las verdades; y que perfeccionada la razón ha iluminado con su antorcha todas las partes de la vasta carrera que las artes y las ciencias tienen que recorrer.

Las ciencias eclesiásticas se perfeccionaban con lentitud como los demás ramos de la literatura. La teología era poco más ó ménos en este siglo la misma que en el precedente, tratándose en ella las mismas cuestiones, y siguiéndose el mismo método, que era el de Aristóteles, ó por mejor decir el de Averroes, por quien se habían conocido en Occidente las obras del filósofo griego. Su dialéctica proscrita antiguamente en las escuelas reynaba en ellas como soberana, y estaba prohibido á los maestros y á los discípulos el apartarse de ella en la discusión de los diferentes objetos que ejercitaban la sutileza de unos y otros, ya en los actos públicos, ya en las lecciones particulares. Llevábase siempre el calor de las disputas al más alto grado entre los partidarios de las diversas opiniones que dividían á los doctores y sus seguidores. Disputábase sobre las cuestiones más frívolas con unos clamores, un tumulto y unas injurias que hacían degenerar las juntas más graves en escenas ridículas y muchas veces indecentes. Las escuelas se habían vuelto unos combates de arena, en que la fuerza de los pulmones y el estrépito de la voz decidían casi siempre la victoria en favor de los que tenían el vigor de sostener más tiempo la contienda. Eran en todas ocasiones unas mismas las sectas y los partidos que se presentaban en la lid: realistas, nominales, tomistas, escotistas; defensores y contrarios de la inmaculada Concepción, franciscanos y dominicos, todos se combatían, y rechazaban unos á otros, no con las armas de la razón, sino con sofismas, distinciones, fugios, objeciones y réplicas sutiles; de suerte que después de días enteros, los puntos que parecía se querían aclarar, volvían á quedar en el mismo estado de incertidumbre y obscuridad que al principio de la disputa.

Sin embargo hubo entre los que entonces llamaban filósofos y teólogos buenos entendimientos que sacudieron el polvo de la escuela; que apartaron de sus escrituras las reliquias de la barbarie; y que sin detenerse en las cuestiones puramente escolásticas trataron con tanta nobleza co-

mo solidez las materias de doctrina, de moral y de disciplina que los errores del tiempo exígían se aclarasen. Tales fueron Pedro de Ailly, Nicolas de Clemengis, Juan Gerson y algunos otros, de quienes hablaremos más por extenso en otra parte (a). Podemos pues asegurar con verdad, sin destruir lo que se acaba de notar, que la buena teología fundada en los principios de la escritura y de la tradición comenzaba á ser cultivada por unos sabios dignos del nombre de teólogos, en cuyas obras reynaba el orden, la precisión y la limpieza con un estilo claro, presentándose sus pruebas baxo una forma natural y correspondiente al asunto; los cuales pasaban metódicamente de una cuestión á otra, y los principios establecidos servían para poner en mayor claridad los puntos que necesitaban volver á ser examinados. Hay pocos objetos pertenecientes al dogma, á la moral y á la disciplina, que no hayan sido tratados de este modo por unos hombres de profunda erudición.

La eloquencia sagrada tardó más en salir de las tinieblas de la barbarie. El modo de anunciar la palabra de Dios era en general baxo, arrastrado y pueril; y aun hoy se tendría por indecente y casi escandaloso: sobre lo que podemos formar juicio por los sermones que conservamos de Olivier, de Maillard y otros predicadores que lograron la mayor reputación en este siglo. Sin embargo sus discursos, aunque llenos de cuentos ridículos, de alusiones frías, de citas extrañas y fuera de su lugar, de rasgos y chistes que hubieran sido más propios de farsantes que de ministros evangélicos, no dexan de contener cosas que admiran por la naturalidad de la expresión y la fuerza de las ideas. Lo cierto es que muchas veces á los oyentes los movían hasta derramar lágrimas, y que los pasajes que en el día nos hacen reír á fuerza de ridículos, arrastraron á los más austeros claustros á algunos hombres y mugeres que había mucho tiempo vivían en medio de las delicias y del crimen; y es que las grandes verdades de la religión

(a) Allí comprende el autor en el número de los más fecundos teólogos de este siglo á los inmortales españoles Tostado y Torquemada; y pueden añadirse los que dexamos apuntados anteriormente, y el insigne Juan de Segovia, arcediano de Oviedo, que hizo uno de los primeros papeles en el concilio de Basilea.

christiana tienen por sí mismas una energía que no pende de las formas exteriores con que se presentan.

El derecho canónico se cultivaba en Francia y en otras partes con grande emulación; habiendo obligado el gran cisma, y los sucesos que le siguieron á los canonistas á exâminar quëstiones que no se habian profundizado todavía. De aquí resultaron nuevos principios y nuevas máximas de que se sirvieron los tribunales para rectificar la jurisprudencia, y los ministros reales para defender los derechos de la corona. Ya no se atuvieron tan servilmente como ántes á las antiguas decretales; subióse al origen de la disciplina, y se buscó su verdadero espíritu en los cánones de los concilios, que gozaban de una autoridad respetada ántes de haberse mudado la policía de la Iglesia.

El estudio de las lenguas sabias, especialmente de la hebrea y de la arábica, puso á los sabios en estado de combatir con escritos sólidos á los judíos y mahometanos; y conservamos muchas obras publicadas contra ellos en este siglo. Las verdades impugnadas por los wiclefitas y los husitas hallaron defensores tan llenos de erudicion como zelo, que trataron sabiamente todos los puntos de doctrina y de moral que estos novatores osaban poner en el número de los errores que achacaban á la Iglesia. Para mostrar la pureza y la antigüedad de la fe católica sobre todos los objetos disputados, fué preciso recurrir á las fuentes, y sacar las pruebas de la tradicion de las obras de los padres griegos y latinos; lo que se hizo con buen fruto: y despues de haberlos consultado primeramente como testigos fieles de la creencia de la Iglesia en todos los siglos, se reconoció que eran los mas perfectos modelos que podian seguir los que trabajaban sobre las mismas materias. De este modo se hizo mas comun que nunca el estudio de los padres, tanto tiempo descuidado, y todas las partes de las ciencias eclesiásticas ganaron mucho; pues á fuerza de leer cosas sólidas, graves, luminosas y bien expuestas se contraxo el hábito de pensar y escribir de la misma manera.

Publicáronse en este siglo un gran número de obras ascéticas, y los hombres mas célebres escribieron sobre esta materia, en la que es tan difícil ser siempre exácto y preciso. Entraron en la referida carrera san Vicente Ferrer, Gerson, san Lorenzo Justiniano, san Antonino, el

venerable Juan de Dios, Cartuxo, Pico de la Mirándula, el abad Trithemio y otros infinitos. Los tratados de piedad que dieron á la Iglesia estan ménos llenos de cosas extraordinarias, y mas conformes á las reglas comunes de la moral y á una universal práctica, que aquellos cuyas máximas habian intentado acreditar los ascéticos del siglo precedente. Comparando las obras de los místicos de nombre anteriores á esta época con los de que hablamos, se ve que los primeros, acalorados de una imaginacion exáltada, se dexaban llevar muchas veces mas allá de los límites; y que los segundos mas medidos y exáctos, pensaban mas en formar almas sólidamente piadosas con el exercicio de las virtudes recomendadas á todos los christianos.

ARTICULO V.

Estado de la iglesia griega.

Desde el principio de este siglo hasta la toma de Constantinopla por los turcos la iglesia griega experimentó las mas violentas agitaciones interior y exteriormente. La secta de los palamitas, que hemos visto triunfante á fines del siglo precedente, se servia de su crédito para oprimir á sus contrarios; que por su lado oponian la resistencia á la fuerza. Propasábanse por una y otra parte á los mayores excesos; y las escenas que el recíproco encarnizamiento producía diariamente, llenaban de confusion la ciudad, y aun muchas veces de sangre. Ni el interes de la patria, ni las calamidades públicas, ni el riesgo que siempre amenazaba de caer baxo el yugo de los infieles, no resfriaron los odios envenenados que los golpes dados y recibidos encendian en los corazones.

Viendo el emperador Manuel Paleólogo, que reynaba en Constantinopla á principios de este siglo, á los turcos dueños de todo el pais, y no dudando que la conquista de lo poco que faltaba fuese el objeto ulterior de su ambicion, volvió todas sus miras hácia el lado de Occidente; siendo con efecto los socorros que esperaba sacar de allí el único medio que podia impedir ó retardar su ruina. Pero conoció que nada podia conseguir si el papa no adheria á sus intereses, y que esto no lo haria el ro-

mano pontífice mientras que subsistiese el cisma. La política pues, y la necesidad hicieron concebir á este príncipe el designio de trabajar en la reunion de las dos iglesias: igual motivo habian tenido todas las negociaciones entabladas sobre el mismo objeto desde el emperador Miguel en el siglo XIII.; y como las dirigia el interes y los respetos humanos, el éxito nunca habia sido feliz. Sospechóse que Manuel no tenia intenciones mas puras. Se presentó como suplicante en todas las cortes de Europa; se hicieron grandes honores á su dignidad; se compadecieron de su infortunio; se le hicieron promesas magníficas; pero á excepcion del rey de Francia de quien recibió algunos pequeños socorros, ningun príncipe se apresuró á efectuarlas. Volvió Manuel á su capital descontento de su viage y de todos aquellos á quienes se habia esforzado en interesar sobre la suerte del imperio; y este sentimiento aumentó su odio á los latinos, que acaso habia disimulado mal, uniéndose á sus contrarios, y escribiendo contra ellos sobre la procesion del Espíritu Santo.

Entre tanto el espantoso poder de los turcos y la felicidad de sus armas, cuyos progresos nada detenia, anunciaban al imperio una próxima caída. Juan Paleólogo II, sucesor de Manuel, estrechado por todos lados, reducido á su capital, y no viendo en su recinto mas que unos hombres empeñados en destruirse unos á otros por opiniones vanas, se vió obligado á volver á tratar con los latinos. Envió embaxadores al emperador Segismundo y al papa, manifestando el mas sincero ardor por la extincion del cisma; representando los exércitos otomanos como un torrente pronto á derramarse por la Europa; y anunciando la destruccion inevitable del christianismo, si no se daban prisa á oponer una fuerte barrera á los infieles. Esta pintura no tenia nada de exágerada, y penetró vivamente al emperador de Occidente, al papa, á los prelados y á todos los que amaban la religion. Se entró de buena fe en la proposicion del príncipe griego, y se pensó en los medios de dar á la union toda la solemnidad que pudiese hacerla segura y durable.

El príncipe griego dió muestras de acomodarse á todo sin disimulacion, y en virtud de la convocatoria del papa se dirigió al concilio señalado para Ferrara y que se acababa de transferir á Florencia, en cuyo congreso

se debia tratar de los diversos puntos de doctrina que dividian á las dos iglesias, y de los medios de reunir las una á la otra sin tocar en sus usos. Estaba Juan Paleólogo acompañado del patriarca Joseph, prelado sábio y piadoso, de muchos obispos igualmente bien intencionados, y de un gran número de personas considerables del clero, del senado y de la corte. Despues de muchas conferencias en que se exáminaron en pro y en contra todas las dificultades que se oponian por una y otra parte, se concluyó al fin la union. Quando hablemos del concilio de Florencia en que fué consumada, referiremos mas por menor las circunstancias de este gran negocio; pues aquí solo lo consideramos con relacion á lo que influyó sobre el estado de la iglesia griega.

El decreto de union no mudaba nada de la disciplina de los griegos; mantenía á las dos iglesias en sus usos, y no alteraba la moral en punto alguno. Sin embargo en lugar de procurar la paz, excitó turbaciones tan violentas y tan funestas, que la religion y el estado se vieron en los mayores riesgos. El clero no quiso ni acceder al decreto, ni admitir al ministerio eclesiástico á los que lo habian firmado. Los obispos que habian concurrido á la union, los que los aprobaban, los clérigos y los legos que pensaban del mismo modo, eran mirados como apóstatas, traidores y enemigos de la fe. Se les tenia horror, evitábase toda comunicacion con ellos, y se huía de su presencia cargándolos de injurias. Marcos, metropolitano de Efeso, se puso á la frente de los cismáticos; y siendo un hombre violento y de un carácter sedicioso, sublevó contra el patriarca Joseph al clero, al pueblo y á todas las clases de la sociedad; de suerte que queriendo el prelado celebrar los santos misterios no hallaba nadie que le asistiese en estas sagradas funciones. Los monges que eran casi los únicos que dirigian las conciencias, ayudaron con todo su poder el falso zelo de Marcos de Efeso; encendiendo los ánimos con sus clamores é imposturas, y atrayendo á sus intereses hasta el mas vil populacho. Los patriarcas de Antioquia, de Alexandria y de Jerusalem se declararon contra el de Constantinopla, se separaron de su comunicacion y aprobaron las rebeliones de su clero. Esta sublevacion general conmovió á muchos de los que habian adoptado el decreto de Flo-

rencia: se retrataron, se unieron mas estrechamente que nunca con los cismáticos; y estos mas audaces, porque se sentian mas fuertes, llenaron de confusion la ciudad imperial, y poco á poco los partidarios de la union se fueron reduciendo á tan corto número, que los oprimió la multitud de sus contrarios.

Como los socorros prometidos al emperador eran el premio de la union concluida en Florencia, los mismos motivos de política y necesidad, que le habian inclinado á solicitarla, le empeñaban en mantenerla. Pero los cismáticos poco movidos de las desgracias de la patria, ni de las urgencias del estado, amenazaron excomulgarle si no renunciaba á la sociedad de los latinos. Ni el respeto de la magestad imperial; ni los males públicos; ni el interes de la nacion, que era el de todos sus miembros, nada era capaz de calmar su furor. Véase á los turcos al rededor de la capital derribar sus murallas con el cañon, y próximos á apoderarse de ella, sin concebir designios de paz. El fanatismo endurece los corazones, hace feroces á los hombres y cuenta por nada la destruccion de los imperios, con tal que despedace sus víctimas. De esto se experimentó un terrible exemplo durante el sitio de Constantinopla; pues los cismáticos decian en alta voz que el turbante era un objeto ménos odioso que un capelo de cardenal, y que se debía temer ménos la dominacion del sultan que las órdenes de un ministro de Roma.

Un pueblo tan feroz no podia evitar su ruina, y así Mahometo II. se aprovechó de su ceguedad para oprimirle con las cadenas que le preparaba ya habia mucho tiempo. Este príncipe, sin embargo de ser tan enemigo de los christianos, conoció la necesidad de contemplar á sus nuevos vasallos en materia de religion; y habiendo sabido que el patriarca Gregorio Meliseno se habia refugiado á Roma, y que los christianos de Constantinopla habian interrumpido por temor el exercicio de su culto, mandó al clero que se juntase en la forma ordinaria y eligiese un patriarca. Se eligió á Jorge Scolario, que tomó el nombre de Gennadio; y el sultan cumplió respecto de él con todo el ceremonial que los emperadores griegos acostumbraban observar en la exáltacion de los nuevos patriarcas. Recibió Gennadio de su mano el

báculo pastoral en presencia de toda su corte: despues le hicieron montar en un caballo ricamente enjaezado; y todos los grandes le fueron acompañando á pie hasta la Iglesia de los apóstoles, en la que fué entronizado con las solemnidades acostumbradas. Gennadio habia asistido al concilio de Florencia, y estaba perfectamente instruido en todo lo que allí habia pasado, y asimismo adicto sólidamente á la union. Por espacio de cinco años trabajó con un zelo infatigable en combatir el cisma; pero la obstinacion de los griegos habia llegado tan adelante, que á pesar de su dulzura y su prudencia no pudo reducirlos á la unidad. Al ver inútiles sus esfuerzos, se disgustó de un ministerio en que no hallaban mas que penas sin ningun fruto, y renunció el gobierno de un pueblo indócil que solo escuchaba sus preocupaciones y su furor.

Despues del retiro de Gennadio se hizo venal el patriarcado; y el que ofrecia mas dinero, alcanzaba la aprobacion del príncipe y de los ministros. La forma exterior de la eleccion se observaba todavía, pero no era mas que una pura ceremonia. El sultan y sus visires echaban á su arbitrio al patriarca que habian colocado, para elevar á otro que le ofrecia mas, y luego éste era suplantado de la misma manera. Todas las prelacías estaban sujetas á las mismas revoluciones, y aun hoy se halla reducida la iglesia griega á este estado deplorable en toda la extension del dominio otomano.

ARTICULO VI.

Estado del christianismo en las varias naciones de Europa.

En medio de los desórdenes que reynaron en Francia desde la desgraciada batalla de Azincourt hasta los últimos años de Carlos VII., era imposible que la religion sola contuviese todos los crímenes; porque sofocaban su voz las pasiones mas fuertes y mas imperiosas. Tampoco se escuchaba la voz de las leyes y de la humanidad; pues en la confusion en que todas las cosas estaban se habian perdido de vista todos los principios de la moral y del honor, de tal suerte que algunos osaron hacer en público la apología del homicidio, y justificar el asesinato mas atroz con